

**Sergio Coello**

*Siempre nos quedará...*

## **PRAGA**

Praga es capital de la República Checa y de una histórica región centroeuropea llamada Bohemia, famosa por sus vidrios exquisitos y sus bosques en gran medida desaparecidos. Pertenece a esa raza especial de ciudades -Venecia, Dublín, Sevilla- que fascina a los poetas porque cuando éstos las contemplan desde alguno de sus rincones se sienten fuera y dentro del mundo a un tiempo.



El río *Vltava* -Moldova, para nosotros- la divide en dos partes que se comunican a través de nueve puentes aunque el principal es el Puente de Carlos (*Karlův Most*), que fue levantado en memoria del rey bohemio Carlos IV, erigido emperador del Sacro Imperio Romano. Se trata de una auténtica “calle Mayor” sobre el agua, flanqueada por veintidós imágenes de piedra a tamaño natural que están repartidas a lo largo de ambos pretilos, empezando por San Wenceslao y terminando con San Juan Nepomuceno. O viceversa, según sea el sentido del paseo.



Praga cuenta hoy con más de 1.300.000 habitantes pero su origen es incierto. La tribu celta de los Boios decidió asentarse en una región centroeuropea situada en mitad de la ruta que comunicaba el Este eslavo con Occidente y esa región -Bohemia- tomó de ellos el nombre. Durante siglos fue invadida por diferentes tribus bárbaras

hasta que la hizo suya Carlomagno y en el siglo X la dinastía de los Premyslitas convirtió a Praga -que había empezado siendo un simple castillo de madera junto al río- en la capital de la nación. San Wenceslao, el primer monarca y, desde su canonización en el siglo X, patrono del país, trazó los primeros planes de desarrollo urbanístico para darle la importancia que exigía el comercio de su numerosa población judía. En el siglo XIV -al subir al trono el heredero del Sacro Imperio Romano Carlos IV, que se había formado en la prestigiosa universidad de París- Praga se transforma realmente en una de las principales capitales europeas del arte y la cultura. Este impulso gigante vuelve a repetirse cuando la dinastía europea de los Habsburgo hace de Praga una de las tres capitales, junto con Viena y Budapest, del imperio austro-húngaro. Este auge resulta definitivo y Praga se transforma en un centro cultural de primer orden donde Mozart estrena óperas como “Don Giovanni”, Beethoven tiene casa fija y los mejores arquitectos barrocos de Europa construyen palacios y teatros para la burguesía emergente.



De su Plaza de Wenceslao -el descomunal corazón de la ciudad- admiré la fachada “modernista” del renombrado Hotel Europa -en una de las ciudades más barrocas del mundo- pero me impresionó más el montón de ramos de flores recientes que ciudadanos anónimos siguen depositando sobre el césped, día tras día, junto a la placa que recuerda la muerte del estudiante Jan Palach, quemado a lo bonzo cuando los tanques rusos entraron en Praga, por primavera, hace ya casi cincuenta años. Y aunque el ghetto judío de Praga desapareció sustituido por un conjunto de edificios “art nouveau” y casas cubistas, el viejo Cementerio Judío sigue intacto y en él se apiñan miles de lápidas. La más visitada es la del rabino Löw: el de la famosa leyenda del Golem, un hombre de arcilla al que el rabino dio vida poniéndole una tablilla mágica en la boca y que, al enloquecer, tuvo que quitársela para ocultarle -yerto- para siempre. En este barrio, llamado *Josefov*, hay muchas sinagogas; algunas convertidas en museos - como la Klausen- y hasta una “española” que imita el estilo morisco. En la plaza de la Ciudad Vieja (Staroměstské Náměstí) se encuentra el famoso “Orloj”, el reloj astronómico de la torre del Viejo Ayuntamiento haciendo aparecer a las horas en punto a los doce apóstoles, uno por campanada, y que siempre está rodeado de docenas de turistas con la cámara en ristre. Allí están, además, el gran monumento al reformador Jan Hus y la placa que recuerda el lugar de la casa natal de Franz Kafka en la fachada de otra posterior. Cerca quedan el Palacio Goltz-Kinsky, la Iglesia de Nuestra Señora de Týn, el Teatro de los Estados que aparece en la película “Amadeus” del

checo Milos Forman y la calle París -la más comercial de Praga- que muchos recorren en carruaje para regresar al pasado. Hace falta tiempo para visitar el Museo del músico Smetana, el convento de Santa Inés, la Basílica de San Jorge, el Palacio Sternberg, el Santuario de Loreto o el Palacio de Troja, que es una especie de Versalles de Bohemia en rojo y blanco; sin olvidar el Teatro Nacional, el Museo de Artes Decorativas, el Belvedere -o Palacio Real de verano, a imitación del de Viena- y el Museo de Praga.



Pero el monumento más importante es su Castillo. El Castillo de Praga es una fortaleza impresionante que encierra dentro de su recinto amurallado una auténtica ciudad con basílica (la de San Jorge), residencia imperial y palacio arzobispal. En su centro se asienta la grandiosa catedral gótica de San Vito, cuya puerta dorada dominada

por un gran mosaico con el Juicio Final ya sólo se abre en ocasiones especiales. El Castillo -residencia real de los Habsburgo y hoy sede del actual presidente de la república- está rodeado de jardines y desde sus miradores se consiguen esas famosas fotografías panorámicas de Praga -llenas de agujas doradas, cúpulas verdosas, tejas rojizas y fachadas barrocas- atravesadas por el espejo alargado del río que lo refleja todo del revés en una simetría perfecta. El Castillo de Praga tiene algo de inaccesible, como si estuviese envuelto en un halo invisible de inquietud y distancia. Kafka se inspiró en él para escribir la obra maestra homónima que anticipa todo lo que de inalcanzable y asfixiante tiene la burocracia del poder político para la libertad del hombre.



Bajo la Puerta de la Pólvora, símbolo de la ciudad, me encontré

casualmente con una conocida pareja de profesores alcalaínos - responsables de la guardería donde mis hijos aprendieron sus primeras letras- y en la terraza de un café que hay en la plaza de Malá Strana, entre la iglesia barroca de San Nicolás y el Ayuntamiento, vi sentado al doctor José Antonio Sobrino que es uno de los mejores cardiólogos de España y con el que mantuve una cita anual durante dos décadas en el Hospital madrileño de La Paz. Cuento esto para evitar que algún ingenuo suponga que Praga es garantía de anonimato para hacer algo en secreto.



Otro lugar-espectáculo que no debe perderse el visitante es el Callejón del Oro. Está detrás del Castillo y lo forman dos filas de casitas humildes -con las fachadas pintadas de un color distinto cada una de ellas- donde vivían los alquimistas medievales. Allí se amontonan cientos de jóvenes de uno y otro sexo para hacerse fotos individuales frente a la que tiene el número veintitrés, que fue la casa de la hermana de Kafka; en ella el escritor judío pasó atormentadas

horas a la luz de una vela creando la “Metamorfosis”. Viendo la altura del techo y el tamaño de la puerta, uno comprende enseguida por qué, para escribir esa novelita mínima y grandiosa a la vez sobre la angustia existencial del ser humano, Kafka eligió de protagonista a un hombre que se convierte en insecto y no en ballena o dinosaurio.



En muchas de las plazuelas de la “Ciudad Vieja” es fácil encontrar grupos de músicos espléndidos que interpretan piezas clásicas o de “jazz” con una calidad envidiable y a los que les ofendería la comparación con ciertos mamporreros de la guitarra que hay en nuestras aceras o con esas familias gitanas que abominan de su mejor raíz flamenca y programan en la calle, con la ayuda de la electrónica, música sin alma para algunas coplas.

Aunque los checos presumen de ser los inventores de la cerveza, no

está demostrado que sea verdad. Sí pienso que la suya es una de las mejores del mundo. Por eso, la primera palabra checa que aprende el extranjero en Praga es “*pivo*”,